

EVOCACION DE DON RAMON CARANDE (*)

Madrid, 10 de diciembre de 1987

Sé muy bien que en España entera y con seguridad en esta Sala hay docenas de personas con mejor título que yo para evocar aquí y ahora la personalidad científica y humana de don Ramón Carande. Pero sé también que hay honores irrenunciables, aunque inmerecidos. Por eso, cuando mi buen amigo Gonzalo Pontón me transmitió en su nombre y en el de Bernardo Víctor Carande la invitación a participar en este acto para hablar, como amigo de don Ramón, más que de su libro hoy reeditado, de toda su obra y su humanidad, me apresuré, abrumado y agradecido, a aceptar el encargo que ahora, con más torpeza y emoción de las disculpables, me dispongo a cumplir.

No pretendo hacer un acabado retrato de don Ramón. Me limitaré, más modestamente, a trazar tan sólo lo que pudiéramos llamar un esbozo impresionista del historiador y del hombre, esto es, a recordar aquellas facetas suyas que, en uno y otro sentido, más me impresionaron, con la certeza de que ustedes, gracias a su memoria directa del hombre o merced a la lectura de su obra, sabrán rellenar silencios y vacíos de mí, por fuerza, parcial evocación

II

¿Fue don Ramón, como él gustaba decir de sí mismo, un «Historiador rezagado»? Si atendemos al hecho de que el primer tomo de este libro se publicó en 1943, cuando él tenía 56 años, parece que sí. Pero si nos fijamos en que un hombre que vivió 99, a los 56 era poco más que un adolescente, y, si más en serio tomamos otros datos de su biografía, creo que tal afirmación, que Carande expresaba con sincera modestia, pero también con cierta coquetería, merece ser precisada

Don Ramón, hijo de abogado, estudió Derecho, la mayor parte de la carrera, como alumno libre. Nos ha dejado escrito un retrato lacónico y jugoso, de cada uno de sus maestros, de sus «acreedores preferentes». Destaca su devoción por don Francisco Giner y por don Antonio Flores de Lemus. Trabó contacto con el primero, en los cursos de doctorado, hacia 1910 si no me equivoco. Con Flores de Lemus, en noviembre de 1914. Entre una y otra fecha (mayo de 1911 a octubre de 1914), sus estudios y sus maestros alemanes. Entre 1921 y 1923 volvió a las aulas alemanas. Allí, especialmente en Friburgo, fue discípulo de Schmoller (como

(*) Las cuartillas ahora impresas fueron leídas por mí en el acto de presentación de la nueva edición de «Carlos V y sus banqueros» (ed. Crítica y Junta de Castilla y León, Barcelona, 1987) celebrado en la Biblioteca Nacional. Es para mí un honor incluirlas en las páginas de una revista —ésta— en cuya fundación tanto tuvo que ver don Ramón.

lo había sido antes Flores de Lemus), de Sombart, de Finke, y sobre todo de von Below, casi todos ellos economistas, sí, pero todos ellos historiadores. Desde Marx, no sé si por influencia suya o por reacción contra él, hubo en la Universidad alemana hasta la década de 1930 una línea de economistas que fueron, en principio, estudiosos de la historia de las instituciones económicas. Además de los citados, otros nombres como los de Sohm, o Jorge Federico Knapp, o Max Weber, o Heckscher, todos ellos reiteradamente citados por Carande son, desprecio el matiz, historiadores economistas o economistas-historiadores. Como lo fue don Ramón, que en otra ocasión escribió, ahora sí, con toda precisión: «El que esto escribe llega a la historia procedente de la Economía», sólo que su personal y aprendido modo de ser economista implicaba ya *ab ovo* su sensibilidad de historiador, su atención a la historia de las instituciones económicas y, más en concreto, a la de las haciendas públicas, municipales o reales, del pasado medieval

III

En 1916 gana la Cátedra de economía y Hacienda en Sevilla, de cuya Universidad fue profesor «cuarenta años, mal contados», como el mismo dijo en su lección de despedida el 17 de mayo de 1957. Pienso que poco después de estrenar cátedra, comenzó a bucear en el Archivo capitular y en el Archivo municipal de Sevilla. A los 29 ó 30 años, don Ramón ejercía ya de historiador. En 1925, en el tomo II del *Anuario de Historia del Derecho Español*, publica un notabilísimo estudio: «Sevilla, fortaleza y mercado»

Como historiador del Derecho que soy me es muy grato recordar su vinculación con el *Anuario*. En 1924, nace esta revista Aparece sin director ni Consejo de Redacción. Pero se nos dice en su primera página que «el núcleo de redactores» son discípulos «en su mayor parte del ilustre Hinojosa». Componen ese núcleo el ágrafo, pintoresco y muy erudito don Laureano Díez Canseco y, más jóvenes que él, Claudio Sánchez Albornoz, José M.^a Ramos Loscertales, Galo Sánchez, José M.^a Ots Capdequi y Ramón Carande, que es así en 1924, repito, cofundador no de una revista de economía, sino de otra de Historia de las instituciones, dirección que los discípulos de Hinojosa dan a la Historia del Derecho, para ocuparse en ella de las instituciones Económicas y de la Hacienda pública.

Su colaboración en el *Anuario* entre 1924 y 1934 es asidua. Luego diré algo más sobre «Sevilla, forteza y mercado». Quiero mencionar ahora su traducción de un breve estudio de Alfons Dopsch, su reseña de «Territorio y Ciudad» de su maestro von Below, la extensa y emocionada nota necrológica que, en el tomo IV, dedica al mismo von Below, la traducción de otro estudio (éste de von Below), su necrológica de J. F. Knapp, y una preciosa reseña de don Ramón al libro de Ernst Kantorowicz, «Kaiser Friedrich der Zweite». En el tomo VI (1929) una nota de Sánchez Albornoz nos informa de que, a la caída de la Dictadura, se han renovado los Rectorados de muchas Universidades españolas, y de que en la de Sevilla ha sido elegido Rector el joven catedrático (cuarenta y tres años) don Ramón Carande. En la misma página una nota sin firma, pero probablemente debida a la pluma de Carande, lamenta la reciente muerte de Díez Canseco a quien Carande

contó siempre entre sus maestros. En el tomo VIII (1931) se da la noticia de que, producido el advenimiento de la República, el Gobierno provisional ha nombrado Consejero de Estado a don Ramón Carande, pecado sin duda mortal el de la aceptación, ya que tan grave pena le deparó en posteriores años triunfales a don Ramón.

En el tomo XI del *Anuario*, año 1934, se anuncia que de las reseñas bibliográficas sobre «cuestiones económicas» se encargarán don Ramón Carande y don José Antonio Rubio Sacristán

Después, la guerra civil interrumpe la publicación del *Anuario* hasta 1944. En el nuevo *Anuario* ya no escribe Carande, ni se habla de él. Creo que su nombre no vuelve a aparecer hasta que en 1967 publiqué yo una extensa reseña del recién aparecido tomo III de «Carlos V y sus banqueros». Le envié mi comentario Me contestó con una cariñosa carta, la primera de las suyas. Al final de la cuartilla, en el ángulo inferior derecho, se lee: «Me alegra que recuerde usted, con devoción, a los fundadores del *Anuario*, muertos e idos» El era un superviviente.

IV

Volvamos a «Sevilla, fortaleza y mercado» Aconsejo su lectura no por la edición de la Universidad hispalense en 1972, sino por el texto incluido en el tomo II del *Anuario*. En aquella don Ramón suprimió cinco páginas que él condenó, por pedantes, al silencio, pero que yo juzgo interesantes Dedicó la edición de 1972 a J von Below. El texto del *Anuario* «A don Antonio Flores de Lemus». Que él, tan aficionado a las dedicatorias, ofreciese este estudio en las dos ocasiones citadas a sus dos maestros preferidos dice mucho de la importancia que el autor confería al trabajo

Los nombres de Brunner, von Below, Dopsch, Max Weber, Sombart, es decir, sus clásicos, recorren la obra. Carande estudia «la vida económica de la ciudad» a través de su autonomía financiera, analiza la organización de su Hacienda, sus gastos y sus ingresos

Muchos de los temas de su obra sobre el emperador «catalizador de banqueros» están ya, prefigurados a escala municipal, en este extraordinario trabajo Sevilla recurre a «la forma usual de contratación de empréstitos en estos albores del crédito público», y contrata una y otra vez con «los más precoces cultivadores en Europa del crédito público: los genoveses» Los sucesivos empréstitos van encadenándose «y se paga al primer acreedor con préstamos que hace un segundo, genovés probablemente . ».

Como todos hemos leído, fue la «cuarta lectura del libro clásico de Ricardo Ehrenberg, *Das Zeitalter der Fugger*», lo que indujo a don Ramón, en el otoño de 1940, a emprender el estudio sobre Carlos V y sus banqueros. Pero en aquellos meses casi desesperados, cuando le robaron y quemaron sus libros y sus miles de fichas sobre la Castilla de los siglos XIV y XV, don Ramón no tuvo que improvisar nada para abordar, renaciendo de su hundimiento pasajero, tan magna obra. Era dueño de un inmenso mundo de lecturas, estaba familiarizado con maestría de veterano en el manejo de la documentación inédita y poseía, dominándolo, el método del historiador

V

Don Ramón trabajaba muchas horas, pero trabajaba despacio. Hacía y rehacía, redactaba y corregía, escribía y reescribía. Sus métodos de trabajo, según nos informa su hijo Bernardo, consistían en «acumular, redactar y dictar». Acumular, que significa leer. Era moroso y acumulativo siempre. En 1979 me envió un estudio que acababa de publicar en el «Boletín de la Real Academia de la Historia» «Es —me decía— la primera parte de un trabajo que tengo en el telar desde hace veinte años ¡Así estoy de ágil! Cierto que pierdo mucho tiempo leyendo y releiendo sin fruto, y corrigiendo y desechando lo que escribo.»

No es cierto que leyera sin fruto. Leía, acumulaba y memoraba lo leído para citarlo en el momento oportuno. Junto a las citas más especializadas, salta de pronto una estrofa de Quevedo o de Fray Luis, junto a la Segovia de Diego de Colmenares, la «Doña Inés» de Azorín. Pero, sobre todo, lecturas de documentos inéditos.

Y es que la historia se escribe en la mesa de despacho de Capela, de Valmojado, de la Calle de Alvarez Quintero o de donde cada historiador vive. Pero investigar, se investiga en los archivos.

Un archivo no es un cementerio de papeles, sino un almacén, ordenado o no, de palabras dormidas. Don Ramón buceó como nadie en archivos municipales, catedralicios y de protocolos, viajó de la Ceca a la Meca, de archivo en archivo, y también como nadie ahondó en esos dos océanos que son el Archivo General de Indias y el de Simancas. Se sabe más del pasado cuanto más información nueva se acumula, pero hay que buscarla en los archivos. Don Ramón acumulaba mucho y sin descanso, porque se divertía trabajando en un archivo. Luego analizaba con cuidado, meticulosamente, para después interpretar lo averiguado con un exquisito temor a generalizar demasiado. Tenía, ¡cómo no!, ideas e hipótesis, pero no teorizaba a priori, no quería engañarse ni engañarnos. Quería saber más y saciaba con documentos su sed, despertando con sus ojos las palabras en ellos dormidas.

«MAS VERDAD
Sí, más verdad,
objeto de mi gana.
Jamás, jamás engaños escogidos.
¿Yo escojo? Yo recojo
La verdad impaciente,
esa verdad que espera a mi palabra »

Estos versos de su amigo Jorge Guillén bien hubieran podido ser su lema.

VII

Y por debajo de todo, el hombre. Siento rubor al hablar de él como ser humano delante de quienes tanto lo amaron. Pero no debo silenciar ni mi admiración por su sabiduría (que tiene poco que ver con el hecho de que fuera un científico

eminente) ni mi asombro por su modestia, su caballerosidad, su apenas desdeñosa ironía para quienes le hicieron daño, su generosidad con todos.

Fue siempre leal a sus ideas y a sus maestros y supo y quiso (iba a decir que absurdamente) colocarse, en el trato deferente y respetuoso, a la altura de quienes teníamos 50 años menos que él

Permítanme que recuerde sólo una pequeña anécdota, unas pocas palabras nocturnas tuyas. Habíamos paseado por Salamanca durante varias horas otro historiador salmantino, de mi edad, don Ramón y yo. Aquella tarde habíamos pisado casi todas las piedras de Salamanca. Habíamos visitado incluso un convento de clausura —el de las Ursulas, cuyo torno se abrió misteriosamente ante don Ramón y sus atónitos acompañantes— y habíamos hablado de todo. Algo debió de notar don Ramón en nosotros porque, casi al despedirnos, hizo un silencio, el único en seis o siete horas, y nos dijo con emoción que no olvido. «Les compadezco y les admiro, porque son ustedes una generación de profesores que no han tenido maestros».

Y es verdad. Los hombres de mi generación nos formamos o malformamos en una Universidad en la que se advertía demasiado el vacío de verdaderos maestros, unos muertos, otros idos y algunos silenciados. Don Ramón supo prodigar su magisterio sin querer y sin notarlo. Decía ser (de nuevo coquetería y modestia hermanadas) «un aprendiz de historiador» y acogía con sorpresa los elogios de quienes de él procurábamos aprender.

Le quitaron durante unos años la palabra hablada, la palabra docente y la cátedra, «el asiento elevado desde donde el maestro da lección a los discípulos». No le pudieron quitar la pluma ni la palabra escrita. Con ella nos dejó «este libro escrito con morosidad», probablemente el mejor libro de Historia de España publicado en lo que va de siglo. Con su voz, con su palabra dicha en público o entre amigos y con su gesto siempre discreto y elegante, nunca resentido, nos dejó el ejemplo vivo (vivo todavía en la memoria de muchos) de lo que es un hombre de bien.

FRANCISCO TOMÁS Y VALIENTE

NUEVOS CATEDRÁTICOS DE HISTORIA DEL DERECHO

A lo largo de 1986 y en virtud de diferentes concursos, han obtenido plazas de Catedrático de Historia del Derecho, en las Universidades que se indica, los profesores siguientes. don Antonio Pérez Martín, en la de Murcia; don Mariano Peset Reig, en la de Valencia; don Miguel Angel González de San Segundo, en la de Zaragoza; don Carlos Petit Calvo, en la Autónoma de Barcelona, y don Carlos José Díaz Rementería, en la de Extremadura. Por otra parte, los profesores don Aquilino Iglesia Ferreirós y don Bartolomé Clavero Salvador han pasado a las Universidades de Barcelona y de Sevilla, respectivamente. Las Cátedras de Historia del Derecho de las Universidades de las Islas Baleares y de La Laguna se han cubierto, en 1987, por los profesores don Román Piña Homs y don Roberto Roldán Verdejo.